

tro querido? Pero ¿por qué me habla usted otra vez de golpes dolorosos?

La señorita de Armaillac, que se había contenido y que ocultaba su herida bajo una sonrisa, no pudo acallar más tiempo su cólera.

—Sí, otra puñalada, ¿lo oye usted? Un nuevo y doloroso golpe que esta vez será mortal, porque usted me lo ha dado.

—¿Yo?

—Sí. Esta mañana, en el bosque, he visto cómo cierta joven ha deshojado una margarita y se la ha arrojado á usted á la cara.

Marcial no halló una palabra de disculpa.

—Adiós, señor de Briançon, exclamó Juana con la voz anegada en lágrimas; usted me ha herido dos veces; si yo sobrevivo á esta, hágame usted la merced de no herirme por tercera vez.

Marcial suplicó, rogó, pero las miradas y los ruegos hallaron inflexible á la señorita de Armaillac; Juana indicóle con tan enérgica voluntad la puerta, que él salió de allí sin darse cuenta.

Por la noche debía ir, como de costumbre, á casa de Carolina Aumont; no fué, y la escribió estas sencillas frases:

«Esta vez, Carolina, todo ha concluido definitivamente. La fatalidad nos separa, jamás nos reuniremos.

MARCIAL.»

LIBRO II

LA CONFESIÓN DE CAROLINA

I

La última palabra del amor

Paseábame delante del café de la Paz con algunos amigos, entre los cuales se hallaba ese español apellidado el marqués de Santaná. Todos deseábamos oír las donosas burlas de aquel hermoso diablo que se reía del mundo entero.

—¿No sabe usted algo nuevo? le pregunté deteniéndole.

—Cosas nuevas de lo ya viejo, pero nada nuevo de lo nuevo. Nada imprevisto.

—¿Y Juana de Armaillac?

—No hablemos hoy de ella, porque su futuro se baté en duelo; mañana podré hablar.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque usted conoce á muchos periodistas. Si yo dijera una sola palabra habría otro duelo.

—Pues entonces, adiós.

—Espérese usted, me dijo el marqués. Una joven de cierto mundo me ha confiado

ayer un manuscrito robado á una de sus amigas.

—¿Para ser impreso como folletín en la *Gaceta del Infierno*?

—La *Gaceta del Infierno* es *Le Figaro* ó *Le Gaulois*, respondió Satanás conduciéndome al Hotel Continental.

El marqués tenía allí una habitación para sus aventuras del día.

Abrió el cajón de una mesa de Boule.

—Tome usted, dijo el marqués presentándome unos cuadernos atados con una cinta rosa.

—Perfectamente, contesté yo; he aquí un manuscrito de autor inédito que exhala un dulce perfume á violeta.

—¡De violeta! diga usted de pecado; el olor de santidad no es ciertamente el olor del pecado.

El marqués dióme el manuscrito. Quité yo la cinta y leí algunas líneas.

—¿No es verdad que son deliciosos estos jeroglíficos? Verá usted en seguida que son la mano, el corazón, y el espíritu de una mujer.

—Querrá usted decir de una pecadora.

—Es lo mismo. Por lo demás, esa mujer ó esa pecadora vive todavía.

El marqués miró su reloj.

—Pero no tiene más que tres horas de vida, continuó.

—¿Por qué?

—Lea usted su historia.

—¡Tres horas de vida! Entonces será una mujer vieja ya.

—Tiene veinticinco años menos tres horas.

—Me está usted relatando un cuento.

—Sí, en verdad, como siempre un cuento que es verdad.

—¿Es bonita?

—¡Sí, es bonita!

Y aquel hombre endiablado me enseñó una diminuta fotografía de Nadar tomada en un hermoso día de sol.

Reconocí á Carolina Aumont, la querida de Marcial Briançon.

—¿Qué dice usted?

—¡Encantadora! Ya sabe usted que la conozco mucho, mejor que usted, tal vez; si ella quiere morir es porque Marcial de Briançon la habrá despedido por segunda vez. Yo no quiero que esta preciosa muchacha muera dentro de tres horas. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡Sí lo sabe usted!

—No, no lo sé. Además, no puedo impedir que se muera.

—¿Dónde vive?

—Habita boulevard Malesherbes 60, pero ha salido para comer con una de sus amigas y ha querido respirar por última vez el aire de la Cascada.

—Vamos á su casa.

—No volverá á su casa.

—¿Pues dónde irá á comer?

—Lo ignoro.

El marqués tendióme su mano.

—Esté donde esté, dijo, no puedo ir á buscarla con usted. Cómo esta noche en

casa de una á quien llevo muy buenas noticias.

—No creo que á la reina le hará usted creer que es usted el diablo en persona.

—No, porque ella me conoce desde muy joven frecuentando su corte. Una verdadera mujer, es la reina, una cabeza y un corazón.

—Y dos ojos como el cielo de España.

—Adiós, querido mío. Busque á Carolina, entre usted en campaña para encontrarla y salvarla, á menos que su destino sea irrevocable.

El marqués partió.

No sabía yo dónde comer, y entré en el café Inglés. En uno de sus gabinetes particulares me puse á hojear el manuscrito atado con cinta rosa.

—¿Qué es lo que podrá contar? decía entre mí; Carolina es mujer de espíritu inquieto, amante de lo imprevisto; tiene horror á las cosas vulgares, tal vez su manuscrito sea en realidad interesante.

Eché una rápida mirada al principio.

Pasé una hora leyendo rápidamente. Y ahí tienen ustedes la historia que sigue, tal cual la leí, con sus faltas de ortografía, que los impresores harán bien en no respetar.

II

Mis confesiones

15 Diciembre, 1878.

¿Os gustan los prólogos? Para mí el libro de la vida es el prólogo de la muerte. Pero el prólogo no es más que una página y el

libro tiene mil. No gastaría yo mucha tinta de Virtud para referir mis hechos y mis gestos si el azar no me hubiese arrojado en una comedia parisina de donde no puedo tomar algunas figuras, escenas y cuadros.

Para la historia de una época son buenos también los garabatos de las mujeres, aunque sean éstos los garabatos ligeros de mujeres ligeras.

Es sabido que muchas veces el ojo femenino ha hecho descubrimientos donde la filosofía no ha visto nada; y es que las mujeres penetran mucho más adelante que los historiadores en los bastidores de todos los teatros. Ellas ven á los comediantes del mundo antes que ellos entren en escena y los vuelven á ver cuando regresan de sus triunfos ó de sus derrotas.

No he escrito estas *memorias* por el placer único de hablar de mí. Perdida y vuelta á encontrar por el amor, deseo salvar por el amor mismo á las que me lean; alguna será.

Tal vez me equivoque y es imposible que haya escrito mis memorias solo para mí á fin de recordar los días embriagadores en que me abandonaba á olas voluptuosas.

Escribir nuestra vida es vivir dos veces. Además, ¿por qué no confesarlo? Confío en que mi último amor, Marcial de Briançon, leerá estos recuerdos.

Quiero arrasarle los ojos en lágrimas cuando ya no existiré.

¿No es este el sueño supremo de una mujer que va á morir?

Marcial muchas veces me ha rogado le